

SEBASTIAN DARKE


Príncipe de los Bufones



PHILIP CAVENEY

Traducción de Mercedes Núñez

ALFAGUARA

JUVENIL

Capítulo I

Un muchacho y su animal

El viejo carromato de madera emergió de la arboleda lentamente, rechinando, y se detuvo unos instantes en la extensa llanura.

Si alguien hubiera estado contemplando la escena, se habría fijado en el rótulo pintado en vivos colores a ambos costados del carromato: «Sebastian Darke, Príncipe de los Bufones». Los más perspicaces también se habrían percatado de que la palabra *Sebastian* parecía, en cierta forma, diferente a las demás. Había sido añadida con mano torpe e inexperta, con la evidente intención de ocultar un nombre anterior.

El sol se encontraba bajo en el horizonte y Sebastian se protegió los ojos con una mano mientras dirigía la vista hacia la trémula distancia, que parecía ondear a causa de la calina. El paisaje que tenía frente a sí estaba formado de tierra roja y llana, árida, sin relieve, achicharrada por el sol; de vez en cuando, se vislumbraba algún que otro matojo

de hierba estropajosa que brotaba con perseverancia a través de la tierra. Sebastian no sabía con exactitud a qué distancia se hallaba la ciudad de Keladon, pero un mercader con quien se había topado el día anterior le había alertado de que tendría que viajar, cuando menos, tres días y tres noches.

—Es un trayecto largo —había asegurado el mercader—, y en las llanuras, los mandrines suelen campar a sus anchas. Más te valdrá dormir con un ojo abierto, hombre elfo.

Sebastian estaba acostumbrado a semejante expresión, si bien no resultaba de su agrado. Era mestizo, hijo de padre humano y madre elfa. Su elevada estatura y rasgos atractivos procedían con claridad de su familia paterna, aunque la herencia materna quedaba reflejada en sus ojos, negros como el azabache, y sus orejas, largas y ligeramente puntiagudas. Su constitución larguirucha se veía acentuada por el traje a rayas blancas y negras que vestía, el cual se completaba con un alto gorro de tres picos, rematados por cascabeles. El atuendo había pertenecido a su padre y le quedaba grande, pero Sebastian se había negado en rotundo a que su madre se lo arreglara alegando que, con el paso del tiempo, crecería hasta que le sentara como un guante. Acaso tardaría un poco más en acomodarse al oficio de bufón.

Sebastian chasqueó la lengua y golpeó las riendas contra la peluda grupa de Max, el bufalope que tiraba del carromato. Max resopló, agitó su gran cabeza con cornamenta e inició la marcha de nuevo a su sosegado paso habitual. Llevaba con la familia Darke desde que Sebastian podía acordarse; de hecho, uno de sus primeros recuerdos infantiles era aquel en que

su padre le cogía en brazos, le colocaba sobre el corpulento lomo del bufalope y luego le guiaba a paso lento alrededor del prado. Max tenía ahora una edad avanzada y numerosos pelos grises encanecían el castaño rojizo de su pelaje desgreñado. Con el transcurso de los días, parecía volverse más irritable, y nunca dudaba a la hora de mostrar su descontento.

—No me gusta este sitio —masculló, al tiempo que empezaba a atravesar la llanura—. Vamos a necesitar un montón de agua.

—Tenemos agua de sobra —repuso Sebastian—; para dos días, por lo menos. Además, encontraremos arroyos. Eso dijo el mercader.

Max olfateó el aire con desdén.

—No me entra en la cabeza cómo le haces caso a un vendedor de aceite, nativo de Berundia —observó—, un hombre capaz de vender a su propia abuela por un puñado de croats.

—Desconfías de todo el mundo —protestó Sebastian—. Según tú, toda persona que nos cruzamos es alguna especie de villano.

—Por lo general, tengo razón. Me di cuenta de que el de Berundia se salió con la suya y te vendió aceite para lámparas.

—¿Y qué? ¡Lo necesitábamos!

—Pero no a tres croats la botella, de ninguna manera. ¡Un atraco a plena luz del día! En el mercado de Jerabim te daban un cubo hasta arriba por sólo...

—Ya no estamos en Jerabim —le recordó Sebastian.

Siguieron avanzando durante un rato en taciturno silencio y, apenas sin darse cuenta, Sebastian se puso a pensar con año-

ranza en su ciudad natal, donde había residido sus diecisiete años de vida. Cerró los ojos un instante y distinguió el enorme y bullicioso mercado de la plaza mayor, donde los prósperos mercaderes, enfundados en capas bordadas, anunciaban a gritos su mercancía mientras los lugareños deambulaban por los alrededores. De pronto, asaltaron sus sentidos abundantes imágenes, olores y sabores familiares. Vio las alfombras y los tejidos profusamente decorados que colgaban del ensamblado de madera de los numerosos puestos; percibió el penetrante olor de los corrales de ganado, donde la gente acudía en busca de equinos y bufalopes; saboreó el delicioso y punzante aroma de los refrescos calientes que servían en las cantinas, y aspiró la densa fragancia del café de los elfos, que emanaba de los múltiples restaurantes que bordeaban la plaza...

Entonces, le vino a la memoria con nitidez el rostro de su madre el día que, por fin, Sebastian se marchó de casa: sus ojos enrojecidos, su valeroso y desesperado esfuerzo por sonreír. Desde lo alto, acomodado en el asiento del carromato, le había asegurado que regresaría en cuanto hubiera hecho fortuna, que todos los problemas se resolverían... Pero, en el fondo, ninguno de los dos creía que aquello fuera a suceder en realidad.

—¡Cúidate, Sebastian! —le había implorado su madre—. Y recuerda: si las cosas no van bien, aquí estaré.

Habían transcurrido tres meses. A Sebastian no le agradaba imaginar a su madre sentada a solas, de noche, en la destartalada casa familiar, mientras los gélidos vientos nocturnos suspiraban al otro lado de la ventana.

—¡Esto es un aburrimiento! —la quejumbrosa voz de Max interrumpió sus pensamientos con brusquedad—. Mira

ahí enfrente. No hay nada, ni siquiera una colina, o un árbol. Lo menos que podías hacer era entretenerme con un poco de conversación.

—No estoy de humor —replicó Sebastian—. Además, la mayoría de los bufalopes conocen su posición. No se dedica a parlotear todo el rato con sus dueños.

—Tú no eres mi dueño —argumentó Max—. Semejante honor pertenecía a tu padre.

—Murió hace más de un año. Heredé la casa y te heredé a ti. ¡Admítelo y cierra el pico de una vez!

—¡Vaya, qué encantador! —ironizó Max con voz de hastío—. Me veo degradado a una simple propiedad. Por lo menos, ahora sé qué puesto me corresponde.

De inmediato, Sebastian se arrepintió de sus palabras.

—No, no es así. No eres una propiedad. Se trata más bien de... Tú eres más un...

—¿Un sirviente? ¿Un esclavo?

—Iba a decir... un socio.

Max pareció satisfecho. Levantó un poco la cabeza y empezó a caminar con nuevos bríos.

—Un socio —musitó—. En fin, es verdad, aceptémoslo: no habrías llegado tan lejos sin mi ayuda. ¿Quién te enseñó el camino a través del bosque de Geltane, eh? Y a mí se me ocurrió la idea de refugiarnos en ese pinar, anoche.

—Te lo agradezco mucho —le aseguró Sebastian—, de veras —lo último que necesitaba justo ahora era un bufalope al que no le apeteciera andar.

Continuaron en silencio, salvo por el crujido del vetusto arnés de cuero, el chirrido de las ruedas y el tintineo de los

cascabeles de Sebastian. Éste se preguntó, no por primera vez, si estaría haciendo lo que debía.

Alexander, su padre, había sido un artista de gran éxito. Como bufón de la corte del rey Cletus el Magnífico había disfrutado de una próspera y privilegiada existencia, y durante muchos años había proporcionado a su mujer y a su hijo de corta edad una vida de relativo lujo; pero Cletus era ya anciano cuando Alexander llegó a su servicio. Su primogénito y heredero, Daniel el Doliente, carecía por completo de la afición de su padre por el ingenio y el humor. De esta manera, quedó a las claras que la fortuna no sonreiría al bufón eternamente.

Alexander siempre había albergado el deseo de que su hijo siguiera sus pasos. Desde una edad muy temprana, el niño había hecho todo lo posible por aprender las destrezas propias del oficio, aunque algo fallaba. No es que tuviera problemas a la hora de memorizar las bromas, historias y chascarrillos; pero, al contarlos, no resultaba convincente. Elegía un mal momento, o bien confundía algún pequeño detalle. En donde Alexander, sin duda, hubiera soltado una vigorosa carcajada, Sebastian sólo era capaz de emitir una débil risa ahogada; en donde Alexander hubiera mantenido al público embelesado con una historia, quienes escuchaban a Sebastian se impacientaban y distraían al instante. El joven estaba convencido de que carecía del «don», como a su padre le gustaba denominarlo; pero Alexander se negaba a aceptar la realidad e insistía en que la práctica perfeccionaría las facultades de Sebastian y en que sólo era cuestión de tiempo.

Finalmente, el rey Cletus falleció y Alexander se encontró sin patrón. Sus intentos por congraciarse con otros acau-

dalados nobles de la corte no dieron fruto y, al carecer de dinero, pronto se vio obligado a ofrecer sus servicios a las tabernas locales y los teatros de variedades por unos cuantos croats por noche. Los problemas de la familia se acrecentaron a medida que los ingresos fueron disminuyendo hasta el mínimo. Alexander trató por todos los medios de encontrar trabajo, aunque sin éxito alguno. Entonces, una noche, en una taberna, un desconocido le habló del poderoso rey de la remota ciudad de Keladon, situada hacia el oeste.

—Septimus es un hombre bueno y noble —había asegurado el desconocido—. Dicen que su palacio es el más rico del mundo. El rey cena en platos de oro y bebe en copas de plata, incrustadas de piedras preciosas.

—¿Tiene bufón? —se interesó Alexander.

A lo que el desconocido respondió:

—¿Sabes qué? ¡Me parece que no!

Alexander se aferró a la idea como un naufrago se aferra a un pedazo de madera a la deriva. Se obsesionó con emprender el prolongado y laborioso trayecto hasta Keladon, donde tenía la intención de ofrecer sus servicios al rey Septimus. Como preparativo para el viaje, ideó una actuación completamente nueva que practicaba a diario hasta bien entrada la noche, ensayando una y otra vez, tratando de perfeccionar cada palabra, cada matiz, cada expresión de su rostro demacrado.

Y es que Alexander no se había percatado del precio que los últimos meses se habían cobrado en él. Estaba desnutrido y exhausto. Una mañana, al despertarse, Sebastian y su madre le encontraron derrumbado en el suelo de baldosas, inconsciente, pálido y tembloroso. Le llevaron a la cama y

Sebastian se trasladó con Max hasta la ciudad en busca de un médico, si bien resultó inútil. Una terrible fiebre había atacado a Alexander y murió en menos de una semana.

Para Sebastian y su madre, la situación era desesperada. La casa y la tierra les pertenecían; pero, al carecer de ingresos, la única opción consistía en mendigar por las calles. A menos que...

Cuando Sebastian mencionó la idea por primera vez, su madre la rechazó de inmediato.

Sólo era un niño, señaló. Apenas sería capaz de acometer el largo y peligroso viaje hasta Keladon por sí solo. Sebastian argumentó que Max le acompañaría, y luego desafió a su madre a que le ofreciera una idea mejor. No se le ocurrió ninguna.

Así pues, quedó decidido. Sebastian cogería la indumentaria y el carromato de su padre, sus bromas y sus historias, y emprendería el viaje hasta Keladon para buscar empleo en la corte del rey Septimus.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —preguntó a su madre—. Si no les parezco lo bastante bueno, se limitarán a rechazarme, y entonces regresaré a casa.

La madre de Sebastian asintió y forzó otra sonrisa; pero en el fondo de su corazón se preguntaba si aquél sería el principio del fin, si volvería a ver a su amado hijo alguna vez.

Capítulo II

Pareja de cómicos

Venga ya, por lo que más quieras! Esto no hay quien lo aguante. ¡Cuéntame un chiste!
—¿Cómo dices? —Sebastian regresó al presente de sopetón. Paseó la vista por la infinita extensión de tierra seca y polvorienta y tuvo que esforzarse al máximo para poner freno al pánico que empezaba a invadirle.

—Ya me has oído. Escuchemos algo de tu maravilloso repertorio.

—Eh... Ahora mismo, no; si no te importa. Estoy pensando. Max no quedó satisfecho con tal respuesta.

—¿Eso vas a decirle al rey Septimus cuando te pida que actúes? «Ahora mismo, no, Su Majestad. Estoy pensando.» Le agradecerá mucho, ¿no crees? Seguramente ordenará que te corten la cabeza.

—Tienes que entenderlo —se defendió Sebastian—. No puedo ponerme a actuar así, por las buenas. Necesito... No sé, un escenario apropiado, un público.

—Yo seré tu público —aseguró Max—, y en cuanto al escenario, me mostraré indulgente. Aceptémoslo, no tendrás muchas oportunidades de practicar, ¿verdad? Puede que tu siguiente actuación sea ante el rey y su corte.

Sebastian tragó saliva. La perspectiva no era precisamente alentadora.

—De acuerdo —respondió—. Lo intentaré... Pero no me interrumpas hasta que haya terminado. Y procura reírte cuando corresponda.

Max puso los ojos en blanco, si bien se abstuvo de más comentarios.

—Bueno, veamos... —el joven se quedó pensando unos segundos y luego se lanzó a la función con tanta confianza como fue capaz de acopiar—. ¡Saludos, damas y caballeros! Fijaos si habré tardado tiempo en atravesar las llanuras que, cuando me puse en camino, vestía calzones cortos.

Hizo una breve pausa, anticipando una risa. Al no escuchar ninguna, prosiguió:

—Así que... ¡ésta es la bella ciudad de Keladon! Me han hablado mucho de ella. Dicen que aquí los mercaderes son tan prósperos que incluso han retirado los candados de los cubos de basura. Desde... desde luego, en Jerabim, de donde procedo, no existen tales lujos. No es que sea una ciudad miserable, nada de eso; pero la semana próxima van a derribarla para construir chabolas.

Ninguna reacción por parte de Max. Nada en absoluto.

—Yo... En fin, tuve una niñez muy necesitada. Nuestra familia era tan pobre que ni siquiera en invierno podíamos encender la chimenea. Mi padre masticaba raíces de pimienta,

abría la boca y los demás nos sentábamos alrededor. Y en cuanto a la comida... Bueno... Nunca pudimos permitirnos un alimento en condiciones. Lo único que teníamos era una babarusa tan flaca, tan flaca, que en lugar de leche daba lástima.

Sebastian lanzó una mirada expectante a Max, que avanzaba con resolución hacia delante sin dar señales de haber escuchado.

—No me vendría mal un poco de entusiasmo —refunfuñó.

—Lo lamento, pero me temo que tus chistes me resultan familiares...

—Pero, si fuera mi padre quien los contara, te habrías reído.

Se produjo un breve silencio.

—Tu padre tenía el don de conseguir que hasta las cosas más insignificantes tuvieran gracia, mientras que a ti te cuesta un poco más alcanzar los mismos resultados... Pero continúa, por favor.

Sebastian apretó los dientes unos instantes y luego resolvió probar con uno de sus propios chistes.

—¿Sabes aquél de los dos mercaderes que caminaban hacia el mercado? El primero dijo...

—Imposible —interrumpió Max.

Sebastian le clavó las pupilas.

—¿Cómo dices? —estalló.

—Los mercaderes nunca van andando a ningún sitio.

—Ya. Bueno, de acuerdo. Iban en carreta hacia el mercado. Y uno de ellos dijo...

—Este chiste en particular no lo reconozco.

—Claro que no. Es uno de los míos.

—Entiendo. ¿Y te parece una buena idea utilizar tu propio material? Por lo menos, los chistes de tu padre ya están probados, ensayados...

—¿Me dejas terminar de una vez?

—Perdona. Sigue, te lo ruego. Soy todo oídos.

—Bueno... Pues uno de ellos dice: «¿Cuánto llevamos viajando?», y el otro le responde: «Tres días; pero, para ti, dos».

Se produjo otro silencio dolorosamente largo, durante el cual el crujido del arnés se escuchó con inusitado estrépito.

Entonces, Max dijo:

—Claro está, no hay nada que te impida buscar empleo en *otro* sector. Tengo entendido que se mueren por encontrar albañiles en Keladon.

—¡No ha sido tan malo! —protestó Sebastian.

—No; no es que el chiste haya sido malo, como tal. Sólo que no le veo la gracia. A ver, ¿llevaban viajando tres días, o acaso eran dos?

—De eso se trata precisamente —argumentó Sebastian—. Ya sabes, los mercaderes siempre andan con regateos. Por ejemplo, tal artículo cuesta tres croats, pero a ti te lo dejo en...

—Tu padre solía decir...

—... «nunca expliques un chiste». Sí, ya lo sé. Pero es que él... Mi padre no tenía que soportar que tú te negaras a entender cualquier cosa que dijera, ¿no es verdad?

—Tengo la impresión de que hoy estás un tanto sensible —observó Max con afectación—. No es culpa mía que seas incapaz de escribir un material aceptable. Aun así, tal vez sea injusto juzgar con un único ejemplo. Continúa, te lo ruego. Nos servirá para matar el tiempo.

—Olvídalo —repuso Sebastian con amargura. Veía que las nubes del horizonte iban pasando de un tono rojizo a un oscuro carmesí. La noche llegaba deprisa por aquellas tierras, y manadas de lupos salvajes atravesaban las llanuras a lo largo y a lo ancho, por lo que no había más remedio que mantener una hoguera encendida. Además, se estaban aproximando a lo que debía de ser uno de los escasos conjuntos de matorrales que había a la vista en aquellas planicies. Los arbustos eran pequeños y estaban marchitos, pero al menos proporcionarían un cierto refugio—. Nos detendremos aquí a pasar la noche —le dijo a Max.

—Buena idea. ¡Las pezuñas me están matando! —con notable pericia, el bufalope hizo girar el carromato y lo colocó junto a los matojos. Sebastian se bajó al suelo de un salto y desenganchó el arnés. Max se encogió de hombros y estiró las patas con grandes aspavientos—. ¡Qué alivio! —exclamó—. No es fácil ir tirando de ese carromato todo el día —lanzó una mirada expectante a Sebastian—. Y dime, ¿qué bocado exquisito tenemos para cenar?

—Para ti, paja y hojas secas —repuso Sebastian, tratando de sonar optimista—. Y pan negro de los elfos para mí.

—No, es demasiado. Me abrumas con tus mimos —replicó Max.

Sebastian hizo caso omiso del sarcasmo. Rodeó el carromato hasta la parte posterior y extrajo el morral de Max, en el que arrojó unos puñados del forraje seco que había adquirido en Jerabim. Desprendía un olor rancio y nada apetitoso, aunque seguramente resultaba preferible al mendrugo de pan, duro como una piedra, que el propio Sebas-

tian tenía en perspectiva. Llevó el pienso a Max, que lo olisqueó con desprecio.

—Mis felicitaciones al chef —espetó con tono sombrío. Sebastian hizo un gesto en dirección a los arbustos.

—Siempre puedes complementar tu dieta con eso —insinuó—, con tal de que dejes unas cuantas ramas para protegernos.

Max se mostró ultrajado ante la mera sugerencia.

—Buena idea —respondió—. Un brote de disentería es justo lo que necesitamos.

—Tranquilo, no vas a coger disentería —aseguró Sebastian, aunque luego se dijo que el animal era capaz de ponerse enfermo con tal de fastidiarle.

Colgó el morral de las orejas de Max y regresó al carro-mato a recoger algunas de las astillas y ramas secas que había ido recolectando al atravesar el bosque. Había acumulado una buena pila en la parte de atrás; la cantidad suficiente, confiaba, para un par de noches en la llanura.

—No cojas demasiadas —advirtió Max, cuya voz quedaba amortiguada por el morral—, no nos vayan a faltar.

—Siempre podemos recurrir a la bolsa de estiércol triturado de bufalope —comentó Sebastian con tono animado, si bien albergaba la esperanza de que no se diera el caso. Costaba encenderlo y emitía un tufo espantoso cuando por fin se conseguía prenderle fuego.

—Excrementos en llamas —repuso Max con voz queda—. ¡Qué bien! Esto sí que es vida...

Capítulo III

La cena está servida

Cuando cayó la noche, Sebastian ya había encendido la hoguera y pronto se encontró sentado en su jergón, tostando sobre el fuego un pedazo de pan negro con la vana esperanza de que resultara un poco más apetecible. Max yacía tumbado en las proximidades, con la melancólica mirada clavada en las llamas, que, reflejadas en sus grandes ojos castaños, danzaban como diablillos. De vez en cuando, arqueaba el lomo ligeramente y soltaba una prodigiosa ventosidad.

—Disculpa —decía cada vez—. Es el forraje.

—No, eres *tú* —le corregía Sebastian—. ¿Por qué no tratas de controlarte un poco?

—Bueno, ya veremos qué tal te va a ti después de haberte tragado ese pan. En serio, ¿estás seguro de que no te sentará mal?

—No, no estoy seguro; pero la alternativa es no probar bocado, de modo que si consigo tragarlo sin asfixiarme, eso pienso hacer.

Max exhaló un suspiro.

—Míranos —se lamentó—. ¡Mira lo bajo que hemos caído! Ay, recuerdo cuando tu padre me traía un cubo de semillas de Sarga impregnadas de oro de abejas silvestres. Y cuando el trabajo de la jornada había sido especialmente pesado, me añadía alguna que otra pommer madura... Tal vez incluso una pieza de fruta dulce amarilla.

—Eso ha pasado a la historia —comentó Sebastian.

—¿Y qué me dices de ti? Muchas veces he mirado por la ventana de la casa y te he visto con tus padres, cenando un succulento asado de ave de ciénaga, con montones de tatys fritas y mushrungers gruesos y negros...

—¿Podemos hablar de otra cosa? —atajó Sebastian—. Por tu culpa, me estoy muriendo de hambre.

No podía esperar más, de modo que se llevó a la boca el humeante pedazo de pan negro y dio un mordisco de tanteo. Era como comer serrín caliente. Sebastian obligó a sus mandíbulas a masticar y le costó lo indecible irse tragando los bocados. Se alegró de poder regarlos con café de los elfos, uno de los escasos lujos que había traído consigo. Poco a poco, se las arregló para acabarse el pan. Descubrió que la frugal cena le había aliviado en parte el dolor de estómago, pero no había conseguido en modo alguno aplacarle el hambre. Con desesperanza, paseó la vista a su alrededor; pero la luna quedaba oscurecida por inquietos bancos de nubes en movimiento y no conseguía ver más allá de la parpadeante luz de la hoguera. De todas formas, no había gran cosa que observar, excepto la infinita planicie que se extendía hacia un mundo desconocido.

—En este momento, daría lo que fuera por un pedazo de carne caliente.

—Pues no me mires a mí —le amonestó Max—. Para tu información, los bufalopes no somos un buen bocado.

—No es eso lo que dicen —argumentó Sebastian, lanzándole una mirada maliciosa—. Tengo entendido que la carne de bufalope es uno de los ingredientes preferidos en las comidas de los mandrines.

—¿De veras? —Max miró hacia atrás con nerviosismo—. No sé de qué me sorprende. Por lo que he oído, son poco más que animales. Me han dicho que en tiempos de escasez han llegado a recurrir al canibalismo.

Ahora le tocaba a Sebastian ponerse nervioso.

—Nosotros... eh... no creo que nos topemos con ninguno por aquí, estando tan al norte —comentó—. Aun así, por si acaso... —acarició la vaina de la gran espada curva que tenía a su costado. También había pertenecido a su padre. Alexander había sido un espléndido espadachín y había dedicado numerosas tardes a tratar de trasladar sus conocimientos a su hijo. Sebastian no había olvidado las largas horas de entrenamiento hasta que el sudor le brotaba de cada poro del cuerpo. Alexander era un maestro severo a quien no le importaba obligar a su hijo a practicar los movimientos una y otra vez hasta que las manos se le llenaban de ampollas.

Max bajó la vista hacia la espada con expresión dubitativa.

—¿Qué piensas hacer si nos ataca algún mandrín?

—Pues yo... la empuñaré y... ¡Sé manejar una espada! —exclamó—. Mi padre me enseñó.

—No me cabe duda; pero blandir el arma correctamente y estar dispuesto a arrancarle la cabeza de cuajo a un contrincante, sin dudarle un segundo, es harina de otro costal.

Sebastian lanzó a la hoguera una rama partida, provocando que un reguero de chispas iluminara el cielo en tinieblas.

—Siempre te metes conmigo —protestó—. Cuando no es por mis chistes, es por mi incapacidad de ponerme a la altura de mi padre en cualquier cosa que hago. Ojalá...

Sebastian se interrumpió de improviso cuando un sonido lejano se elevó en el aire y luego desapareció. Se trataba de un aullido prolongado, que despertaba un eco fantasmal en plena noche.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Max, presa de los nervios.

—Bah, no es más que un lupo —repuso Sebastian, tratando de mostrarse despreocupado—. No suelen dar problemas, a menos que estén cazando en manada.

Como si de una réplica a sus palabras se tratara, sonaron otros aullidos en respuesta al anterior. Sebastian contó unos seis o siete tonos diferentes.

—Deben de estar a kilómetros de distancia —añadió, haciendo un esfuerzo por ocultar su desesperación. Trató de sonreír a Max con objeto de darle ánimos, pero la expresión que percibió en los ojos del bufalope le resultó familiar. Era una mirada de puro temor.

—He oído historias de lupos —comentó Max, inquieto—. Una manada es capaz de despellejar a un bufalope hasta los huesos en cuestión de segundos.

—No debes creerte todo lo que dicen —le amonestó Sebastian—. Tardarían por lo menos la mitad de la noche.

—Gracias; ahora me siento mucho mejor —replicó Max.

—Además, al escucharlos, uno se da cuenta de que no tienen hambre.

—¿De veras?

—De veras. Un lupo hambriento emite un sonido muy particular. Algo así como...

Sebastian se detuvo. Acababa de escuchar algo diferente. Una especie de murmullo. De pronto, sintió como si el estómago se le inundara de agua fría.

—¡Hay algo detrás de nosotros! —susurró Max—. ¡En los arbustos!

—¡Ya lo sé! —respondió Sebastian, moviendo los labios en silencio. Alargó una mano hasta la empuñadura de la espada y empezó a desenvainar el arma lentamente. Ahora distinguía otro sonido que se mezclaba con el murmullo: el choque seco y metálico de una armadura.

—¡Suplico misericordia! —gimoteó Max—. ¡Son malandrines! A ti te asesinarán y yo les serviré de cena —se quedó pensando unos instantes—. Por lo que decías antes, puede que *tú* también les sirvas de cena.

—¡Calla! —siseó Sebastian—. Estoy tratando de...

—¿Quién anda ahí? —tronó una voz cavernosa desde el centro de la maleza.

Sebastian abandonó todo intento de delicadeza y, de un tirón, extrajo la espada de la vaina. Se incorporó y permaneció agachado, preparado para enfrentarse a cualquier adversario que pudiera surgir del sotobosque.

—S-s-sólo un viajero —respondió Sebastian, colocando ambas manos alrededor de la empuñadura de cuero y advirtiéndolo, no sin consternación, que la hoja de acero temblaba de forma incontrolable.

—*Dos* viajeros —puntualizó Max.

—Un viajero y su bestia de carga —aventuró Sebastian.

—¡Vaya! Qué bonito. Hace poco, era un socio; de pronto, me degradan a bestia de carga.

—¿Vas a dejar de hablar de una vez? —gruñó Sebastian. Acto seguido, devolvió su atención a los arbustos, intentando recordar los consejos que su padre le había dado tantos años atrás; pero nada le venía a la memoria—. Somos inofensivos —aseguró—. Sólo estamos de paso.

—¡Por favor, no nos comas! —lloriqueó Max.

Se produjo un prolongado silencio, durante el cual Sebastian se percató de un sonido acompasado que le golpeaba en los oídos. Tardó unos instantes en darse cuenta de que era el latido de su propio corazón.

—¿Querriais compartir vuestra hoguera con otro viajero? —atronó la voz profunda.

—Eh... Posiblemente —repuso Sebastian.

—Seguro que es una trampa —susurró Max—. Te cogerá desprevenido y te clavará un puñal en las costillas.

—¡Chitón! —Sebastian respiró hondo y trató de acopiar valor—. ¡Da un paso adelante y muéstrate! —exigió.

Otro silencio. Sebastian se lamió los labios resecos y aguardó lo que le pareció una eternidad. De pronto, cayó en la cuenta de lo pequeño que era y lo vulnerable de su situación, acampado en medio de aquella inmensa y árida llanura.

¿Cómo podría estar seguro de que se trataba de una única persona? Tal vez fuera una banda de bellacos; acaso uno de ellos estaba tratando de embaucarle mientras el resto se escabullía hasta colocarse detrás de él. Giró la cabeza para echar una ojeada a sus espaldas y volvió a mirar al frente al tiempo que los arbustos se iban apartando.

Una figura salió al claro, aunque en un primer momento Sebastian no vio a nadie. Luego, se percató de que tenía que bajar la vista de forma considerable.

Un hombre caminaba hacia él desde los matorrales. Se trataba de un tipo robusto que vestía una coraza un tanto abollada sobre una cota de malla. También llevaba un yelmo de hierro, con cresta y ornamentados protectores de nariz y mejillas que le cubrían el rostro por completo. En una mano agarraba una espada recta de aspecto brutal; colgado de su hombro izquierdo, se veía lo que parecía ser el cadáver de un javalot, el veloz cuadrúpedo que habitaba aquella zona del país.

El recién llegado era sin duda un guerrero feroz, una presencia que debía ser considerada. Pero, al contrario que la mayoría de los guerreros, su estatura no superaba la cadera de Sebastian.